

Aguas aéreas

El halcón de Jeffers

David Huerta

Aparece un halcón herido en un poema de Robinson Jeffers. El poeta (1887-1962) lo cuida, lo cura, lo alimenta; pero no consigue restaurarle enteramente la salud y la fortaleza. Se ve obligado a sacrificarlo: de un balazo (*the lead gift*: “la dádiva de plomo”) termina con esa existencia magnífica. Es triste, es fatal. En el final del poema, el fantasma del halcón —su espíritu hecho de ferocidad pura, de acerada elegancia— sube a los cielos y les inspira un terror diáfano, rotundo, irresistible, a las garzas ribereñas.

Hasta aquí todo va por los cauces de un texto literario con un tema desarrollado de acuerdo con cánones establecidos o bien de acuerdo con cánones decididos sobre la marcha por el poeta, al paso de la composición. Todo el poema está, sin embargo, perturbado por la consideración del verso inicial:

*I'd sooner, except the penalties, kill a man
than a hawk.*

[Antes preferiría, de no ser por los castigos, matar a un hombre que a un halcón]

Esa consideración comporta un total escándalo para la mayoría de los lectores. La pregunta obligada se formula con una suerte de estupefacción o de incrédulo asombro, como si no se creyera en las palabras recién leídas o recién escuchadas: ¿el poeta mataría, ante la disyuntiva halcón / hombre, más fácil y rápidamente (*sooner*) —de no ser por el castigo: la pena capital o la cárcel—, al hombre? ¿Es eso lo dicho efectivamente por el poeta Robinson Jeffers? Imposible, inimaginable, inconcebible: Jeffers se revela con esas palabras, con esa confesión anómala, como una especie de monstruo, de traidor a su especie, de loco y odiador de sus “semejantes”.

Sus “semejantes”. Las comillas no pueden ser más justas aquí, desde la perspectiva de Jeffers: ¿son sus semejantes los “hombres comunales” de quienes resueltamente se alejó para vivir a las orillas del Océano Pacífico, en las costas rocosas de California, sobre los acantilados abismales donde concluyen las “praderas del cielo”? Más semejantes a él son los animales de los bosques californianos con quienes mantiene un trato frecuente, iluminador, nutritivo. No tiene el menor pudor en decirlo de diferentes maneras; no lo avergüenza ni lo incomoda; está realmente convencido de su pensamiento y de su postura en el mundo. Es un *cosmobe-haviour* impecable.

Hay otros halcones en los poemas de Jeffers. El halcón sacrificado, empero, es un ave arquetípica de su poesía, un animal quintaesenciado: opuesto al hombre en general, representa una cifra de la naturaleza y es, acaso, el mensajero de otro cielo y otra tierra, buscados por Jeffers en su vida y su obra. No hay en todo ello absolutamente nada de esa superchería bienintencionada y sus derivaciones o derivas: la naturaleza y el hombre son una sola y la misma presencia; ambos comparten rasgos esenciales e idéntica profundidad en la hechura divina; los animales son, franciscanamente, nuestros hermanos. No, dice enérgicamente Robinson Jeffers en sus poemas: la naturaleza es la víctima inmensa de las horribles devastaciones humanas; el progreso es una farsa destructiva y una mentira descomunal y ofensiva; los animales tienen un destino aparte de las invenciones y maquinaciones de los “hombres comunales”.

El halcón rescatado y luego sacrificado por el poeta es una especie de emanación cósmica de fuerza incontaminada. La voluntad de su alma animal está hecha de



Pisanello, *Hawk on Hand Seen from Behind*

unos cuantos diamantes de energía y no tiene relación alguna con el espíritu, la mente o el “alma” de los seres humanos, sobre cuyo valor —en el orden íntimo y extrínseco del universo— tenemos todo el derecho a dudar.

(No hubiera podido nunca encabezar, por ningún motivo, estos renglones sobre poesía con una frase como “los halcones de Jeffers”: el recuerdo de un violento capítulo de nuestra vida política en 1971 me lo impide, casi visceralmente, diría sin exagerar. Esa sangrienta represión gubernamental fue protagonizada por matones mercenarios apodados “halcones”. El director francés Louis Malle, de visita en México en junio de 1971, extrajo de aquella mexicana jornada político-criminal la trama de una película

extraña e interesantísima sobre la ocupación nazi en Francia y los actos de un muchacho colaborador de Vichy y de los alemanes: la cinta se llama *Lacombe Lucien*).

Los críticos literarios profesionales no vieron, no quisieron y no hubieran podido ver la elevación espiritual de esta poesía: les parecía demasiado enfática, oratoria, “retórica”; prefirieron una poesía más de acuerdo con sus ideas y sus gustos, como la del discípulo menos “palabrero” de Jeffers, Brother Antoninus.

Hay muchas, demasiadas antologías oficiales u oficiosas donde no aparecen los poemas de Jeffers, el gran “exiliado interior” de la poesía norteamericana. Es como para seguir desconfiando, para desconfiar siempre, de las instituciones literarias. Me refiero a la crítica académica y a la crítica “no académica”, periodística pero disfrazada de ensayística —tan obtusa como aquella, o peor, en cualquier caso más uncida a las modas— y a esos panoramas convencionales de versos, hechos a menudo con mucha “autoridad” y poca o nula imaginación. No importa. Quiero decir, mejor todavía: importa la poesía de Jeffers. En México, ha tenido buenos lectores; por lo menos dos, hasta donde llegan mis noticias: Alberto López Fernández y Pablo Soler Frost. Ellos publicaron en los Libros del Umbral, en 1999, una valiosa antología de Robinson Jeffers; la traducción fue obra de ambos y el ensayo de introducción fue escrito por Soler Frost.

No soy ningún especialista en la poesía de los Estados Unidos (no soy especialista en nada, a Dios gracias); no soy experto, menos aún, en la obra de Robinson Jeffers. Pero veo continuamente cómo se equivocan los sedicentes especialistas, aquí y allá; quiero decir: ante la poesía en nuestro idioma, ante la poesía de cualquier idioma. Mis anotaciones a los poemas de Jeffers son, pues, eso y no aspiran a más: simples apuntes de lector, reacciones ante una obra profundamente admirada. Diría más: una obra —en mi caso, más bien un puñado de poemas— inspiradora de un amor hecho de asombros y hondas impresiones. Tanto más extraño por cuanto sólo dispongo, en mi pequeña biblioteca doméstica, de dos libritos de Jeffers: la antología mencionada hecha por López Fernández y Soler Frost; un

tomo de *Selected Poems* (Vintage Books) de poco más de cien páginas, comprado en una librería de Miami. No me hace falta más. (Podría meterme en la Wikipedia y documentar a vuelapluma estos renglones; no tiene sentido: me atengo al puñado de poemas jeffersianos a mi alcance).

No se trata únicamente de animales en la poesía de Jeffers: también están los elementos de siempre y en especial el imponente reino mineral. Rocas, basaltos, granito: en los poemas de Jeffers están presentes las presencias duras, milenarias, incommovibles y mudas de esos inmensos bloques empotrados en la masa continental ahí donde, precisamente, ésta se enfrenta con el inmenso mar. Las piedras son fundamento, sustento: la base de los litorales californianos, tan frágiles como ahora sabemos por la existencia amenazadora de la falla de San Andrés.

Robinson Jeffers nació en Pennsylvania en 1916 y murió en California, su hogar electivo, en 1962. El trayecto de esa vida, con esos datos escuetos, es perfecto: una inmensa diagonal recorrida de noreste a suroeste, de los bosques del prócer William Penn —eso significa Pennsylvania— a la “última frontera”: el Pacífico. Pablo Soler Frost anota: el poeta Jeffers hereda y transfigura la herencia de Henry David Thoreau y Walt Whitman; yo agregaría: también la de Ralph Waldo Emerson, cuyo ensayo “Naturaleza” ha sido una de mis estrellas polares a lo largo de muchos años.

El sentido constructivo de su poesía no se refleja solamente en el verso largo, de procedencia quizá whitmaniana; sino en la coherencia de una visión propia, colindante con la experiencia mística. Esa visión o ese misticismo posee una increíble y pródiga multidimensionalidad: prefigura con tonos peculiares los movimientos ecologistas de las últimas décadas —ignoro si esos movimientos han cooptado la poesía de Jeffers—, y al mismo tiempo se distinguen de cualquier afán redentorista o salvífico. Agustí Bartra, citado por Pablo Soler, habla del “estoicismo inmóvil” de Jeffers. (Bartra fue el primer traductor de este poeta al castellano: pueden leerse sus versiones en la *Antología de poesía norteamericana* publicada por la Universidad Nacional en 1959: otro de mis

libros de cabecera —no todas las antologías, en fin, son desastrosas).

Ah, los animales. Los halcones septentrionales de las *Soledades* gongorinas, tan diferentes a los de Robinson Jeffers, y tan semejantes a ellos por su majestad altiva, fueron el tema de un hermoso artículo de Antonio Deltoro, leído con fruición hace unos años. Deltoro documentó el destino literario de unos versos muy famosos (en especial el tercero —transcrito aquí en letras cursivas— de los citados a continuación):

Aunque ociosos, no menos fatigados,
quejándose venían sobre el guante
los raudos torbellinos de Noruega.

Son los versos 971 a 973 de la *Soledad segunda*. Para un lector de Góngora, también está presente en la memoria, desde siempre, el “generoso pájaro”, otro halcón, compareciente en la dedicatoria del *Poli-femo* al duque de Béjar.

En una pared de mi estudio, tengo enmarcada la diminuta reproducción de un dibujo de Pisanello, artista italiano del siglo xv: es la imagen de un halcón peregrino. En 1996, vi el original de esta obra maravillosa en el Louvre, en una exposición nocturna —en nuestra memoria fueron horas mágicas: la Noche Verde. El halcón peregrino (*Falco peregrinus*) está visto y reproducido por Pisanello de espaldas; tiene la caperuza puesta: no puede ver y por lo tanto está perfectamente tranquilo, quizá bien cebado; reposa sobre el brazo enguantado del maestro cetrero. He visto esta reproducción miles de veces: nunca ha dejado de conmoverme, así sea un microsegundo.

El halcón de Robinson Jeffers, las aves cetreras de la *Soledad segunda*, el peregrino de Pisanello: pasan siempre raudos y siempre siguen inmóviles, con ese estoicismo hierático del poeta asomado a los acantilados sobre el Océano Pacífico. ¿Los ves sobre los mares y las ciudades? No sé si la naturaleza es un libro abierto, la obra suprema —acaso un poema compuesto con presencias y fenómenos— de una deidad indiferente o minuciosa o enloquecida o santa; sé lo siguiente: esas aves no dejan nunca de asombrarme. ¿Son sanguinarias, matan, desgarran con su pico navajero a sus víctimas? Lo sé, lo sabemos. Míralas bien. ■